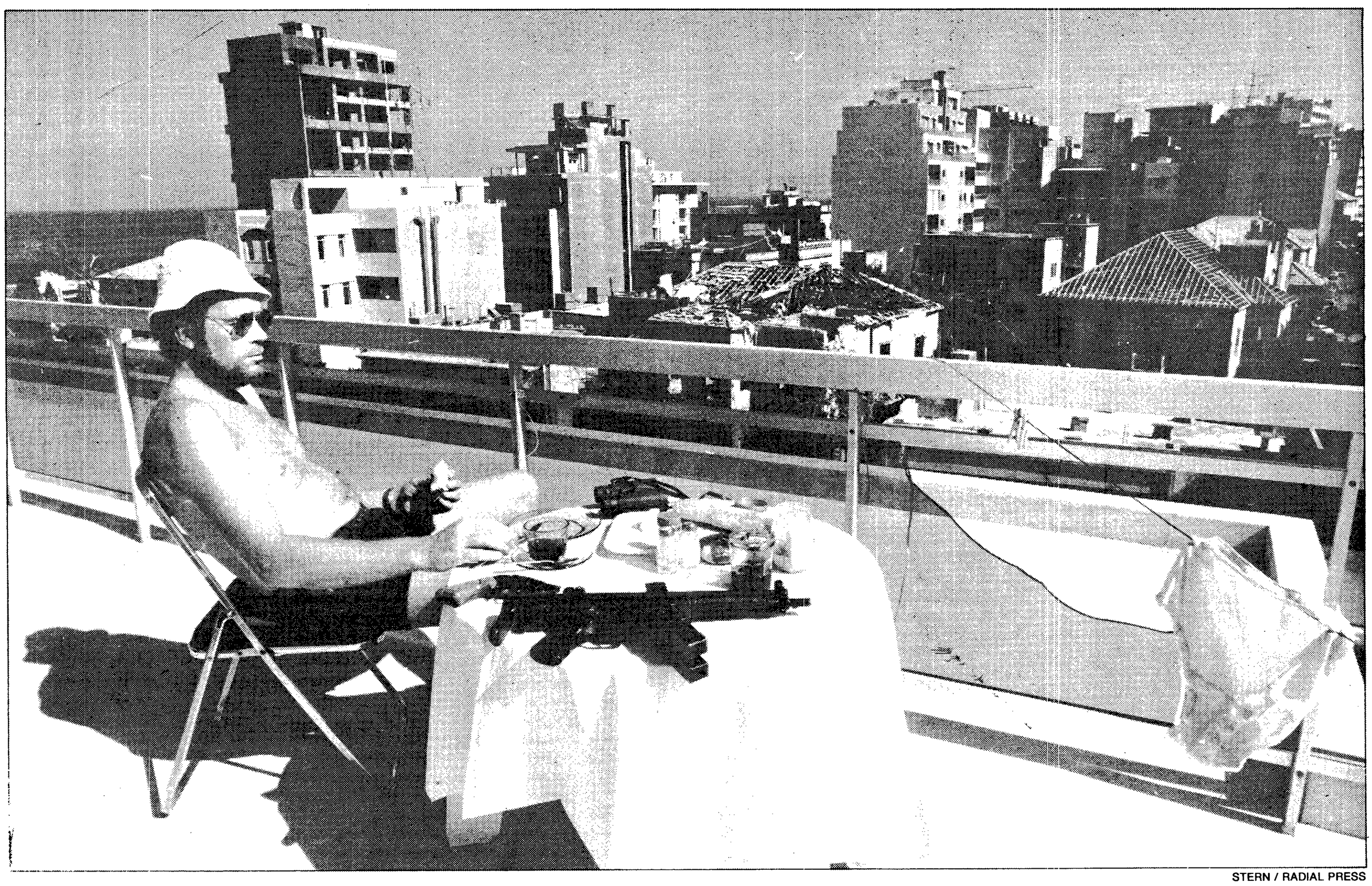
AÑO II, NÚMERO 29 / DOMINGO 4 DE MAYO DE 1986

EL PAIS

DOMINGO



STERN / RADIAL PRESS

El guardaespaldas de un diplomático occidental durante su almuerzo cotidiano en Beirut.

El ocaso de Beirut

La caza del 'hombre blanco' ha puesto fin a la presencia occidental en el sector musulmán de la capital libanesa

JAVIER VALENZUELA

Hay tres sonidos tranquilizadores en la noche de Beirut oeste: los tiros y cañonazos en la lejanía, la llamada a la oración de los almuédanos hacia las tres de la madrugada y el canto de los gallos que se despiertan entonces. Ésos son los ruidos normales, los que permiten al durmiente proseguir un descanso que en Líbano es siempre con la mitad de los sentidos alerta.

Pero cuando en la oscuridad un coche circula despacio por tu calle o, peor aún, cuando se mueve el ascensor de tu finca, si eres extranjero, si has nacido en Europa occidental o en Norteamérica, empiezas a sentir la angustia de los judíos alemanes en los comienzos del III Reich, aquel tiempo en que estaba claro que los nazis iban a por ellos, pero algunos aún tenían la esperanza de salvarse. Entonces te levantas, te vistes, por un estúpido pudor de que no te cojan en paños menores, y empiezas a quemar cosas tan inocentes como el *Herald Tribune*.

En Oriente Próximo el sol sale muy pronto, en primavera ya está en el cielo a las cinco y pico de la madrugada. Entonces el loro del hotel Commodore se pone a silbar su repertorio. Suele empezar por *La Marsellesa*, y al llegar a la imitación de las bombas israelíes que llovieron en el verano de 1982 apenas se le oye en el barrio de Hamra. Para ese momento ya están en marcha los generadores de corriente eléctrica, y las calles, espesas de cochazos que no paran de darle a la bocina.

Sólo cuando escucha la algarabía de los vendedores de frutas y verduras, el extranjero se atreve a salir de su precario refugio. Si es hombre, intenta *camuflarse* con barbas, ropas viejas y saludos disparados con su mejor acento árabe. Camina derecho a su objetivo, sin entretenerse demasiado en ninguna parte, procurando que no se le note, con aire humilde y los ojos y oídos como radar.

Llegué a Beirut oeste a primeros de marzo, y el mismo día comencé a querer a la ciudad, y también aprendí de golpe que allí mi libertad y mi vida no valían una maldita piastra. Recuerdo una ciudad que, vista desde el avión, se desparramaba entre una sierra nevada y el Mediterráneo. Recuerdo unas calles donde no se podía aparcar a causa de los bidones colocados junto a las aceras y los tipos barbudos con traje de camuflaje y metralletas que las vigilaban. Recuerdo también Back Street y lo que pasó después.

"VIENEN A POR TI"

John es un reportero británico que trabajaba para United Press International (UPI) en Beirut antes de que Estados Unidos atacara Libia y ocurriera en Líbano lo que ocurrió. Formaba parte del comité de bienvenida que me había llevado a Back Street a descorchar botellas de Moët et Chamdom. Cuando me preguntó qué diablos hacía yo en Beirut oeste, los dos estábamos sentados en la barra, y nuestras frentes casi tocaban el terciopelo. Le respondí los tópicos del corresponsal novato, y no sé por qué cité la guerra de Vietnam. Entonces, John logró alzar la cabeza y me miró con mucha conmiseración. "Esto es peor. Aquí no sólo te puede alcanzar una bala perdida, aquí vienen a por ti", soltó.

Lo que pasó después de Back Street apareció en todos los periódicos del mundo. Yo estaba acostándome por primera vez en tierra libanesa, pensando si aquellos zambombazos me dejarían conciliar el sueño, cuando de milagro sonó el teléfono y otro periodista español lo dijo: "Han pescado a cuatro colegas franceses, un equipo entero de Antenne 2. Venían de cubrir una manifestación del Hezbollah. Ya tienes tema". El tema se agrandó, se enroscó, se ensangrentó, nos envolvió a todos, y aún sigue.

En aquellas fechas, que ahora me parecen tan lejanas, había aún un buen puñado de occidentales en Beirut oeste, el lado musulmán de la capital libanesa. Es difícil dar cifras precisas en un país que no tiene censo propio desde hace medio siglo y donde las embajadas son muy reacias a informar sobre sus residentes. O sea que, sólo a modo de pista, puede decirse que había unos 200 varones y varios centenares más de mujeres, la mayoría casadas con libaneses. Los contingentes más fuertes eran los de los profesores franceses del Collège Protestant y otros liceos, sus colegas anglosajones de la Universidad Americana, los médicos del hospital Americano y una quincena de periodistas.

A primeros de marzo ya se habían producido serias bajas en las filas de enseñantes e informadores. También había varios diplomáticos en cuartuchos de los suburbios del sur de Beirut y del valle de la Bekaa, y por eso la práctica totalidad de las embajadas occidentales había buscado algo más de seguridad en el Este cristiano, donde no se secuestra extranjeros, pero abundan los coches bomba y los bombardeos nocturnos. Sólo el embajador irlandés pernoctaba en la parte musulmana, y, curiosamente, el libio lo hacía y lo hace en la cristiana.

La *caza* de extranjeros había comenzado en 1984, poco después de que las milicias shií y drusa se hicieran al alimón con el poder en el Líbano musulmán. Ya se habían ido entonces de Beirut los palestinos, los israelíes y los norteamericanos, franceses y británicos de la

Pasa a la **página 2**

REPORTAJE

Viene de la **página 1**
fuerza multinacional. Beirut, la gran puta de Oriente Próximo, había podido con todas esas fuerzas militares. Bechir Gemayel, la última esperanza libanesa de rehacer un Estado, había sido asesinado, y su hermano Amín no se hacía con el control del país, ni tan siquiera con el de sus propias filas maronitas. Siria era omnipresente en el país, pero tampoco tenía todas las riendas en su mano.

Así que, al amparo del turbulento poder de los shiíes de Amal y los drusos del Partido Socialista Progresista, en Beirut oeste nacían cada día nuevos grupos armados. Se trataba de tener un puñado de hombres y de dólares, porque armas y refugios eran tan fáciles de encontrar como vídeos a precios inferiores a su coste.

SYGMA

Milicianos y ciudadanos libaneses contemplan los efectos de la explosión de un coche bomba en el sector cristiano de Beirut.

EL NEGOCIO DEL SECUESTRO

Algunos de esos grupos habían encontrado un interesante negocio en el apresamiento de occidentales. Eran profesionales que se apostaban al acecho, cogían cualquier presa y luego la ofrecían a quien pudiera interesarle. Muchos de los rehenes que murieron o que aún siguen con vida fueron capturados por estas gentes.

Posible cliente era en primer lugar Yihad Islámica y otras organizaciones shiíes integristas relacionadas de uno u otro modo con lo que se ha dado en llamar la *nebulosa Hezbollah,* el Partido de Dios proiraní. El líder de Amal, Nabih Berri, no se atrevía a abrir fuego contra los revolucionarios islámicos, que le despreciaban por usar corbata y hablar el lenguaje de los políticos. Ellos escuchaban al *sheik* Fadalah, que habla el lenguaje de Dios. Y Dios dice que los *satanes* del momento son Estados Unidos, Francia e Irak, por lo que Yihad tenía un buen puñado de ciudadanos de las primeras dos naciones.

No es que Yihad se dedicara tan sólo a comprar rehenes, no. Sus propios *cazadores* esperaban a las presas en los suburbios del sur de Beirut, en las travesías de la *línea verde* y, sobre todo, porque era más fácil, en la carretera del aeropuerto. Ésos eran los sitios que los occidentales se prohibían. Pisarlos, y a veces no había más remedio, era jugar a la ruleta rusa.

Había otros interesados en almacenar *occidentales,* y Abu Nidal era uno de ellos. El extremista palestino mantiene buenas relaciones con Siria y Libia, odia al *moderado* Yasir Arafat, y, en Líbano, sus partidarios usan, entre otros, los nombres de Cédulas Fedayin Árabes y Organización Revolucionaria de los Socialistas Musulmanes. Cuando esta historia empezó ya tenían un lote de rehenes anglosajones, por cuya vida pedían la excarcelación de los comandos que intentaron matar en 1982 al embajador israelí en Londres.

Pero a primeros de marzo aún quedaba una esperanza. Los lazos que desde hacía siglos unían a Beirut con Occidente, que la convertían en la ciudad más liberal y dinámica de Oriente Próximo, estaban prácticamente rotos. Sin embargo, todos nos decíamos que los periodistas de Antenne 2 habían sido capturados en el feudo mismo del Hezbollah. Era un poco excesivo que los secuestradores les llamaran *espías* por haber filmado un discurso del *sheik* Fadalah, pero con no pisar suelo shií estabas a cubierto.

Poco duró esa esperanza, que, ahora lo vemos, sólo era una excusa para retrasar la partida. A los pocos días del secuestro de los cuatro franceses, Yihad envió unas fotos que pretendían probar que el también francés Michel Seurat había sido *ejecutado.* Motivo: el apoyo dado por París a Irak en su guerra con Irán.

Seurat era sociólogo, estaba casado con una siria, hablaba muy bien árabe, y conocía a muchos de los líderes musulmanes libaneses. Si le habían matado bajo la acusación habitual de *espía,* la cosa se ponía muy fea. El día que me enteré de la noticia decidí aplazar mi aprendizaje de la lengua árabe. No quería sentirme como un policía nacional en una *ikastola.*

Las conversaciones de aquellos días en torno a *L'Orient-Le Jour* eran auténticos seminarios acerca de los síntomas de la muerte. Los revolucionarios islámicos no habían entregado el cuerpo de Seurat; sólo aquellas fotos que veíamos en la primera página del periódico beirutí. Uno decía que tenía un amigo médico que afirmaba sin la menor duda que aquellos ojos entrecerrados no eran los de un cadáver, sino los de alguien drogado. Otro, con una fuente semejante, aseguraba lo contrario. Y caían litros de café amargo y paquetes de tabaco americano durante las discusiones.

Tan morbosas tertulias solían zanjarse cuando alguno dejaba caer que Yihad tenía, en efecto, un sentido trágico muy shií de la puesta en escena, pero no bromeaba en absoluto. Dudar de su palabra no hacía sino excitar su cólera. La organización integrista Los Locos de Dios ya había expulsado de Líbano a la fuerza multinacional con sus conductores suicidas, que ganaban el paraíso al detonar media tonelada de explosivos. Ahora querían borrar todo vestigio de presencia francesa, y para conseguirlo tenían todo el tiempo del mundo y mucha confianza en Dios.

Pocas semanas después, Francia retiró sus *cascos blancos* de Beirut. Eran unas decenas de oficiales entrados en años que habían intentado hacer respetar el alto el fuego de cada día pactado por las facciones libanesas, y sólo habían servido de blanco para francotiradores. Los cristianos del Este lo lamentaron mucho, porque vieron la jugada. Francia se iba deshaciendo de sus compromisos en la antigua colonia.

STERN / RADIAL PRESS

El embajador de la República Federal de Alemania en Beirut juega al golf vigilado por un guardaespaldas armado.

Los *cascos blancos* iban camino del puerto de Jounieh con la tricolor plegada, y ya las milicias se disputaban el dominio de su cuartel general, la Residence des Pins, propiedad de la República Francesa, según decía un patético cartel acribillado a balazos.

NOTICIAS MENORES

Esos días, la Prensa beirutí informaba de una huelga de la Cruz Roja tras el secuestro de tres de sus miembros libaneses. Y del grito de socorro de los médicos del hospital Americano, uno de los cuales había sido apaleado por negarse a expedir a unos milicianos un falso certificado de enfermedad. Y del ataque armado de unos integristas contra un cine céntrico que pasaba clandestinamente películas *porno.* Y del cierre del aeropuerto durante la noche porque alguien había robado los cables del tendido eléctrico.

Eran noticias menores, apenas unos párrafos en las páginas interiores. Las primeras se dedicaban a contabilizar los muertos en los *frentes tradicionales.*

Los extranjeros tenían pocos sitios adonde ir; en realidad pasaban la mayor parte del tiempo encerrados en sus casas y con las radios puestas. Por la mañana solían verse en el Ministerio de Información, y no sólo los periodistas, sino todo el mundo, porque ése es el único lugar donde hay una remota posibilidad de hablar por télex o teléfono con ultramar.

Soldados de la VI Brigada del Ejército regular libanés custodian el ministerio. Al lado de la puerta, bajo una tienda de campaña, han montado un vivac con una lámpara de gas, un transistor, una cafetera y algunas revistas árabes. Se les supone la fuerza armada más marcial del bando musulmán, aunque yo les vi muchas veces juguetear con sus kalashnikov como pandilleros de barrio, apuntándose unos a otros a la cabeza y a los genitales.

El barrio de Hamra, la gran vía libanesa, se convirtió en la última guarida de los que con sarcasmo se autodenominaban *hombres blancos* o *supervivientes.* Todos los apartamentos de los europeos estaban por allí o por la Universidad Americana, que está a cuatro pasos. Sin moverse mucho se podía aún gozar de lo que ataba a tierra libanesa.

En los primeros días de la primavera ya se podía andar en mangas de camisa, las cosas estaban muy baratas gracias al contrabando, e incluso de cuando en cuando podías escaparte en coche a la Corniche y comer pescadito fresco con *tabule* y vino rosado *ksara,* y disfrutar de una vista sobre el mar que no se la cambiabas a ningún veraneante.

Los libaneses, la inmensa mayoría de ellos, son muy cordiales con el extranjero. Milenios de tradición comercial, de asiduo contacto con Occidente, no se borran con un solo disparo de lanzacohetes anticarro RPG 7, ni siquiera con los cientos de ellos que a diario se escuchan en Beirut.

Hablar con mujeres musulmanas estaba más bien prohibido,

STERN / RADIAL PRESS

Uno de los numerosos controles armados que abundan en las calles de Beirut.

"no vaya a tener un novio o un marido en el Hezbollah", se bromeaba. Las conversaciones con hombres, por el contrario, eran estupendas cuando estabas seguro que eran *de confianza.* A los beirutíes les gusta hablar y además son muy divertidos.

Cuando una broma les gusta, los libaneses extienden la palma de la mano y esperan que se la golpees con la tuya. Luego se llevan esa mano al corazón y con una sonrisa que les desborda el mostacho te llaman *habibi* (querido). A mí me lo hacían todos los taxistas cuando, superada una situación arriesgada, exclamaba de todo corazón "Allah akbar" ("Dios es grande"). Una vez, un chófer de Lebanon Taxi nos lo hizo a los cuatro periodistas que íbamos apiñados a dar un vistazo a una escombrera que los aviones de Israel habían empapado en sangre caliente.

Richard, un británico del *Newsweek,* le había contado al conductor —que, como todos sus colegas, como todos los que vivimos en Líbano, parecía un loco y era en realidad muy prudente— lo ocurrido a un periodista irlandés hacía poco, el día de su llegada a Beirut.

Iba el irlandés en taxi desde el aeropuerto, con esa primera mirada que se da sobre la capital libanesa. Contemplas los muros leprosos a balazos y los edificios hundidos como pasteles de hojaldre a los que han dado un mazazo, y te dices: "Es verdad. Beirut es así, como las imágenes de la televisión".

Pues bien, el coche del irlandés es detenido por un control de Amal. El miliciano, estampa de Jomeini al pecho, le pide los papeles, averigua que acaba de llegar al país y le hace la pregunta más temida: "¿Cuál es su religión?". Pero el irlandés prueba ser un hombre de recursos: "Católica, apostólica y romana", responde para liar.

El miliciano, un muchachote que de no ser por esta interminable guerra estaría recogiendo naranjas en el Sur, no entiende nada, y va a consultar a la garita de maderas y latas situada en mitad de la carretera. El extranjero ve cómo habla a grito pelado con sus correligionarios y sólo suelta el aliento al ver que regresa encantado. La primera conversación ha tenido lugar en inglés, y en esa lengua que tan sólo chapurrea suelta el de Amal: "Romanos, buenos; romanos, muy buenos. Ellos matan cristianos".

> "*Patrick, un belga, dijo que se había comprado un cuchillo de caza, y cuando todos sonrieron ante la debilidad de su armamento, afirmó muy, pero que muy en serio, que no pretendía defenderse, sólo que no le cogieran vivo.*"

El irlandés sólo salió de su asombro cuando un veterano de Líbano le explicó que, con toda probabilidad, los del control habían pensado en los romanos de las películas, Nerón, Calígula y todos ésos.

Otro punto de reunión mañanera de los occidentales era el supermercado Smith. Tiene quesos franceses, chocolates suizos, embutidos alemanes y otras maravillas de la civilización europea. También vende medio a escondidas bebidas alcohólicas de todas las procedencias, y lo pagó caro la vez que le pusieron una bomba. No lejos del supermercado están el restaurante Istambuli y la Taverne Suisse. En ambos lugares almorzaban los *supervivientes.*

La Taverne Suisse está en un primer piso de la calle Hamra. Abajo hay un puestecillo con cintas de música árabe, con cuyo encargado hablaba de Fairouz y de cómo el marido de la cantante libanesa la había arruinado jugando en el casino de Jounieh en los buenos tiempos de Líbano. La comida del local consiste casi siempre en un primer plato a base de lentejas y un segundo con pollo. En realidad, es inexplicable que en los últimos tiempos se diera allí *plato del día,* porque era difícil ver ocupadas más de tres mesas al mismo tiempo. El *maître* Ismail veía cómo sus clientes de años y años emprendían poco a poco la retirada y, lo que era peor, cómo algunos eran secuestrados.

El *maître* Ismail te ponía los cubiertos, miraba a una mesa vacía y decía: "¿Sabe usted, *monsieur?* Allí solía comer el pobre Collett antes de que lo cogieran". En la Taverne se comentaba que el británico Allec Collett había sido apresado porque le descubrieron con dos pasaportes, uno de periodista y otro de funcionario de las Naciones Unidas, y sobre todo porque en uno de ellos tenía estampado un sello de aduanas israelí.

La referencia a los secuestros era tan constante, tan obsesiva, tan aplastante, que los pocos *partys* que se organizaban con tremendo esfuerzo se aguaban por ahí. El último al que asistí antes de la explosión final tuvo lugar en casa de David, un armenio que trabaja para UPI.

Los invitados llegaron a la fiesta en grupos, a bordo de taxis con chóferes conocidos y armados. Eran unos cuantos palestinos que trabajaban para agencias internacionales de noticias y algunos periodistas europeos; en definitiva, la totalidad del cuerpo de prensa extranjera en la ciudad. Dedicaron el 80% del tiempo que no comieron o bebieron a hablar de imposibles medidas de seguridad.

Patrick, un belga, dijo que se había comprado un cuchillo de caza, y cuando todos sonrieron ante la debilidad de su armamento, afirmó muy, pero que muy en serio, que no pretendía defenderse, sólo que no le cogieran vivo. Los invitados se despidieron como siempre, como si fuera la última vez, y de hecho, así fue. Días después comenzó el último éxodo, y no volví a ver a muchos de ellos. Días de cierta calma habían seguido a las crisis de los rehenes franceses, la que había tenido como involuntarios protagonistas a Michel Seurat y el equipo de Antenne 2, pero Juan Carlos, un boliviano que trabaja para AP, nos solía recordar el titular de *The New York Times* que colgaba en el vestíbulo de su agencia: "En Líbano, lo peor está siempre por venir". El jefe de Juan Carlos, el norteamericano Terry Anderson, era uno de los rehenes occidentales en poder de Yihad Islámica, y por eso la agencia ya no enviaba ciudadanos de esa nacionalidad a Beirut.

Lo peor empezó el día de Semana Santa que Estados Unidos y Libia se enfrentaron por primera vez en el golfo de Sirte. Libano, todo el mundo lo sabía, tenía que pagar el precio de aquel enfrentamiento, y así fue. En la noche del Viernes Santo, los británicos Leigh Douglas y Philip Paddfield *desaparecieron* cuando salían de tomar unas copas en Back Street. El primero era profesor en la Universidad Americana; el segundo dirigía una academia de idiomas. Dos libaneses me contaron cómo cayó uno de los profesores. Era entrada la noche, y escucharon unos gritos en la calle. Se asomaron a la ventana y vislumbraron, espeluznados, cómo unas sombras humanas metían a otra en el maletero de un coche ostentoso. "Mañana sabremos quién es", se dijeron. Fue visto y no visto, lo suficiente para que los amigos me hicieran jurar y perjurar que si algún día lo contaba no entraría en detalles y jamás diría sus nombres.

EL ÚLTIMO SANTUARIO

Aquel secuestro por partida doble cambió las cosas. Los *cazadores* violaban por primera vez lo que los occidentales aún creían su *santuario.* Back Street era una de las últimas madrigueras, la única que pisaban de noche. La discoteca está muy cerca de la Universidad Americana, y para llegar a ella hay que pasar por un bosque de tipos armados. El lugar es más bien triste, modelo Bocaccio madrileño, y nunca tenía una clientela superior a las dos decenas de personas, casi todas varones occidentales, y no porque fueran precisamente homosexuales. Desde la caída de Douglas y Paddfield no regresé a Back Street, y no oí de nadie que lo hiciera.

Ahora iban a por la cultura. No les bastaba con borrar la presencia militar de Estados Unidos y Europa en Líbano, querían arrancar del país hasta las raíces de todo lo que viniera de Occidente. Les daba igual que pudiera cerrarse la Universidad Americana, la más prestigiosa institución de su tipo en Oriente Próximo. La universidad fue fundada hace un siglo por misioneros de Estados Unidos, y en ella se han formado la intelectualidad de la resistencia palestina y el mismísimo *señor de la guerra* druso, Walid Jumblat. Unos 5.000 alumnos libaneses siguen este años sus cursos.

Tampoco les dolía que el francés y el inglés desaparecieran como segundas lenguas de un país cuyo poliglotismo había sido un preciado capital. Hasta debía importarles poco que se deteriorara el hospital Americano, único lugar donde los milicianos musulmanes heridos disponen de buena asistencia.

Desde su punto de vista, tenían razón; al menos, los occidentales que vivíamos allí nos dábamos cuenta de que, por mucho que nos doliera, la tenían. Occidente da su mejor imagen ante el mundo árabe con colegios, centros culturales y ayuda sanitaria, pero para el desheredado shií o palestino que secuestraba extranjeros, Occidente era un avión de caza israelí imposible de abatir y un acorazado norteamericano que trituraba pueblos a muchos kilómetros de distancia.

Hubo tras el secuestro de Douglas y Paddfield uno de los más hermosos gestos que los occidentales recibieron de los libaneses en las siete semanas en que todo se precipitó, las que mediaron entre la captura del equipo de la televisión francesa y la aparición de tres cadáveres anglosajones en las montañas del Chouf. El mundo, nuestro mundo en Beirut oeste, se venía abajo como a golpes de apisonadora, y aquel gesto tuvo como escenario el *campus* de la Universidad Americana, con su arboleda frente al mar, uno de los lugares más fantásticos de la ciudad.

Un montón de estudiantes, chicos y chicas libaneses de menos de 21 años, hicieron huelga, se sentaron en las escaleras y pusieron pancartas que pedían la libertad de su profesor Douglas y de los demás rehenes norteamericanos y europeos. "No queremos perder las cosas buenas de Occidente, y lo mejor es la libertad de palabra", decía a los informadores Sabri, uno de los huelguistas.

Sabri hablaba con un entusiasmo que sus interlocutores no compartían, pero que les reconfortaba. Yo no podía despegar la mirada de un cartelón que los alumnos habían colgado de un grueso pino. La última frase decía en inglés: "Al fin y al cabo, no podéis secuestrarnos a todos". Pensaba que sí, que si se lo planteaban, podían cogernos a todos en media hora.

Ya no hubo respiro. El francés Michel Brian fue apresado poco después, cuando a primeras horas de la tarde iba desde su casa al Collège Protestant, donde daba clases. Lo cogieron en pleno centro también, y tuvo la inmensa suerte de ser rescatado días después. Los libertadores del francés no eran sólo unos cazadores de conejos que pasaban por allí, sino además unos bandoleros en buenas relaciones con los sirios. Estos últimos recogieron la pieza, la llevaron a Damasco y luego la expidieron a París. Brian dijo que nunca más volvería a Líbano, y nadie se lo criticó.

Lo que pasó con el profesor del Collège Protestant es que los secuestradores se equivocaron de objetivo. Ahora no tocaban franceses, porque el nuevo Gobierno de París había aprendido la lección de Yihad Islámica e intentaba mejorar sus relaciones con Irán y sus aliados. Ahora, tras la primera crisis del golfo de Sirte, el principal objetivo eran los anglosajones. Por eso cayó Brian Keenan horas después de la liberación del francés.

Le agarraron a las siete de la madrugada, en el mismo portal de su casa, en la Rue de Amérique, donde también vivía un corresponsal español y bastantes otros extranjeros. Los tipos que le secuestraron esperaban desde hacía un buen rato en un coche, sin ocultar su artillería, a pocos metros de un cuartelillo de la milicia drusa y de otros de la VI Brigada. Keenan es irlandés, pero iba con británicos y daba clases en la Universidad Americana.

Estaba en Damasco la mañana que siguió al bombardeo norteamericano del 16 de abril contra

Pasa a la **página 4**

REPORTAJE

Viene de la **página 3**

las ciudades libias de Trípoli y Bengasi. Había llegado hacía dos días, y de la capital siria me llamaban ante todo la atención el orden, la limpieza, el que los teléfonos funcionaran y el que los extranjeros circularan de noche por las calles como si tal cosa.

Esa misma mañana regresé a Beirut en *taxi service,* es decir, con otros pasajeros del país. Cuando llegué al Ministerio de Información pregunté a una empleada libanesa por las primeras reacciones del mundo árabe y musulmán al ataque norteamericano. Se encogió de hombros y dijo: "Bueno, lo de siempre, palabras y palabras. O sea que nosotros pagaremos los platos rotos".

Un día después lo entendí todo. Veníamos un grupo de extranjeros de comer en el Istambuli cuando en plena calle Hamra nos topamos con una manifestación del Hezbollah en solidaridad con Libia. Las mujeres iban al final, en un grupo muy ordenado y todas con *chadores.* Los clérigos, barbudos y enturbantados, hacia la mitad. El resto del cortejo lo componían hombres muy jóvenes que gritaban contra *América,* y quemaban banderas con las barras y estrellas.

"Ésta es la cosecha de Estados Unidos en la zona", dijo un profesor británico al ver las miradas febriles que nos dirigían los manifestantes. Y ésa era la frase exacta. Ronald Reagan, el *señor de la guerra* de Occidente, no podía esperar de sus ataques otra cosa que nuevas alas para los radicales y los integristas. Cuando el débil es acosado, no tiene otra respuesta que encerrarse en sí mismo y buscar en su interior argumentos que le permitan levantar la cabeza y escupir al poderoso. Los musulmanes tienen un poderoso argumento llamado islam.

Beirut, la ciudad que quiso ser, que fue durante décadas, cristiana y musulmana, puente entre dos culturas, murió definitivamente en el momento en que el presidente de Estados Unidos ordenó bombardear un país árabe.

El día que siguió a la marcha del Hezbollah, el mundo conoció que la carnicería de rehenes occidentales había empezado en Líbano. En un camino montañoso, en territorio druso, aparecieron tres cadáveres con una nota de las células *fedayin* revolucionarias. El texto no mencionaba nombres, sólo decía que "un agente de la CIA" y dos "oficiales británicos" habían sido ejecutados como represalia por el ataque norteamericano contra Libia y el apoyo del Gobierno de Londres a tal acción.

HUIR

Pasaron casi dos días hasta que se supo que aquellos desgraciados eran Douglas y Paddfield y un bibliotecario de la Universidad Americana, el estadounidense Peter Kilburn, secuestrado hacía tiempo. Nadie se atrevía a ir a la *morgue* y mirar cara a cara a los cuerpos sin vida. No era aprensión, era auténtico pánico de ser apresado en la ida o en la vuelta. De modo que los cadáveres tuvieron nombres por procedimientos indirectos: fotos y descripciones de amigos de amigos. Los restos de Kilburn dejaron Beirut oeste en dirección a la Embajada de Estados Unidos, en el Este, sólo cuando la Cruz Roja pudo pactar un alto el fuego entre los contendientes que se hostigan a uno y otro lado de la *línea verde.* Los de los británicos fueron incinerados en la misma *morgue.* Ninguno de sus familiares y amigos estuvo en la ceremonia. Sólo cabía una solución para los ciudadanos de los países implicados en la crisis libia y los de aquellos que no tardarían en sumarse a las represalias contra Gaddafi: huir. Y pedir a Dios que te ayude a escapar. Los amigos libaneses veían hacer maletas apresuradas con infinita tristeza, pero comprendían. Y es que la jornada del 18 de abril no se había agotado con el macabro hallazgo en el Chouf. Además de un ataque con granadas contra lo que había sido residencia del embajador de Londres en Beirut, ese día hubo otras señales imperiosas de alarma.

> *"Nadie se atrevía a ir al depósito de cadáveres y mirar cara a cara a los cuerpos sin vida. No era aprensión, era auténtico pánico de ser apresado en la ida o en la vuelta"*

John MacCarthy es el primer secuestrado que he conocido personalmente. Es británico, tiene 29 años y trabajaba como cámara para la News World Television. Había llegado al país poco después que yo, y le había visto en el bar del hotel Commodore. Es un hombre serio, poco hablador y con todo el aspecto de cumplir con su trabajo. Ya se había producido el ataque contra Libia cuando su empresa le obligó a irse. Dijo a los compañeros que se alegraba por sus padres y por su novia, aunque también sentía mucho dejar Beirut "ahora que van a pasar cosas".

Empezaba a difundirse el hallazgo de tres cadáveres en el Chouf cuando le *engancharon* al ir hacia el aeropuerto para tomar el avión de Londres. No he vuelto a saber de él. Sólo tengo tres certezas: los grupos radicales de Beirut oeste conocen todos los pasos de los extranjeros, los secuestradores eran esta vez *cazadores* profesionales en busca de mercancía, y el colega británico estará pasando apuros para explicar que no es un espía sino un periodista.

El resto es la crónica de una evacuación, similar a la de todas. Grupos reunidos en los pocos hoteles que quedan en Beirut oeste, equipajes que recogen lo imprescindible y dan casi por perdido lo demás, lágrimas porque no se quiere dejar la ciudad y menos de ese modo, expulsados, vencidos, aterrorizados. Profesores, médicos y periodistas juntos, los últimos de Beirut oeste, y coches blindados y guardaespaldas llegados desde las embajadas del otro lado, milicianos drusos con el dedo en el gatillo que escoltan a los evacuados hasta la *línea verde,* y, al otro lado, toda suerte de ofertas de los cristianos para que los fugitivos se queden en su cantón. Al final, un puerto, el de Jounieh otra vez, y gritos desde la cubierta de un barco que dicen "Volveremos". Casi todos saben que es mentira, que no volverán porque no les dejarán volver.

Y yo sigo en Líbano, y leo en *L'Orient-Le Jour* que Berri y Jumblat derraman lágrimas de cocodrilo ahora que casi todos los extranjeros se han ido. "Los árabes hacen en Líbano lo que no quieren hacer en sus propios países. Cuidan celosamente la seguridad de norteamericanos y europeos que tienen en sus ciudades, y encargan a sus agentes libaneses que secuestren y maten a los que tenemos aquí", dice Jumblat. Y Berri habla de una catástrofe educativa, cultural y sanitaria para el Líbano musulmán. Discrepo de lo que dicen que ellos podían haberlo evitado. Ni uno ni otro son dueños de la situación.

Pienso en las siete semanas que he pasado en Beirut oeste, y hago cuentas de los *caídos:* cuatro muertos y nueve secuestrados. Es una de las últimas noches de abril. Hace calor, y cuando no hay duelos de artillería escucho una rana cantar en un jardín cercano. Hace poco, un telediario libanés ha presentado un vídeo espantoso. Un hombre es ahorcado como "castigo a la criminal Thatcher". El hombre que pende de la soga es Alec Collett, el antiguo cliente de *maître* Ismail. No sé si se trata o no de un montaje, si Collett debe hacer el número cinco en mi lista de defunciones. Tal vez lo más verdadero del vídeo sea ese grito que se ha escuchado al finalizar la lectura de la sentencia firmada por uno de los nombres libaneses de Abu Nidal: "Allah akbar".

Eva Ruiz en el momento de recibir su premio de manos de D. Francisco Javier Borrás, Delegado de Nestlé, en el establecimiento SIMAGO de la calle Conde de Peñalver, 15 de Madrid, donde compró su Nescafé.